

PRÓLOGO

Los profesionales de la psicología educativa siempre han estado preocupados y atentos a desarrollar programas que mantuvieran activa la capacidad intelectual y mejoraran las estrategias de aprendizaje de un educando, más aún en circunstancias en las que una persona se encuentra con mayores dificultades para desarrollar y conservar las capacidades que tenía adquiridas. Con esta finalidad, el profesor D. Antonio Domínguez Peláez lleva años trabajando en ello en la Universidad de Almería, desde que inició sus investigaciones sobre programas de inteligencia, que culminaron en su tesis doctoral que tuvo el honor de dirigir académicamente. Él ha tenido el acierto de rodearse de un extraordinario equipo de expertos en diferentes campos de la enseñanza y con diferentes habilidades especializadas. Ahora podemos disfrutar de sus resultados con el “Programa de Inteligencia XXI”, que tan práctico será para aquellas personas a las que se aplique.

El ser humano, hombre y mujer, singular y colectivamente, se ha hecho consciente de que, aprendiendo, se cultiva a sí mismo, mejora las relaciones con la naturaleza y su entorno, las entiende mejor, adquiere nuevas habilidades y encuentra nuevos recursos para aceptar retos, desafiar dificultades y resolver problemas, por los que históricamente transita; hasta llega a descubrir que sus muchos errores no le impiden aprender, acertando al hacer las cosas de otra manera.

El ser humano ha llegado a conseguir en su desarrollo objetivos inimaginables siglos atrás y, gracias a su capacidad ilimitada de aprendizaje, seguirá en otros siglos venideros conquistando metas que aún no tenemos diseñadas y que ni siquiera sospechamos. No ha habido fase histórica en la que el colectivo humano no se haya interesado y esforzado por aprender, considerando ésta como una tarea apremiante.

La Psicología, desde que comenzó a estructurarse como ciencia a finales del siglo XIX, tuvo el acierto de abordar el estudio del aprendizaje como su “tema estrella”. Desde entonces, y en cada uno de esos planteamientos, la Psicología, en definitiva, tiene siempre como desafío desbrozar fundamentalmente por qué y para qué el ser humano aprende, qué tiene que aprender y cómo aprenderlo. Esta orientación de la Psicología del Aprendizaje humano se vierte en la Psicología de la Educación que abarca ambos aspectos: su aspecto educativo enraizado en la propia etimología del “educere” que confluye en el cauce del desarrollo humano (vertiente evolutiva), y su aspecto educativo enraizado en la propia etimología del “educare” que confluye en el cauce de los procesos de enseñanza-aprendizaje (vertiente instruccional).

El ser humano aprende porque fundamentalmente es un ser cognoscente. Los conatos de una persona por responder activamente a su medio, intentando descubrir el significado que esa realidad le plantea y elaborando la respuesta que, por acertada, sea la más adaptada, han sido observados y expuestos en las teorías cognitivas en sus diversas formas. Independientemente de las críticas que se le hagan concretamente al modelo piagetiano, sí hay que reconocerle el mérito en subrayar que la génesis del conocimiento está provocada por la interacción del sujeto con la realidad que debe afrontar. Si una persona se siente afectada por esa realidad, ésta le cuestiona y le obliga a plantearse qué hacer con ella. La realidad está ante esa persona demandándole que la aprehenda para desarrollar los esquemas mentales que ésta requiere para entenderla y actuar en consecuencia.

Los sucesivos y frecuentes planteamientos que un ser humano debe hacerse sobre la realidad, y ante la realidad que lo circunda, van construyendo el conocimiento que éste tiene de ella. Conocimiento que no es un mero saber de las cosas externas, sino también, y más aún, un ejercicio continuo de troquelado del propio conocer, con cuya configuración interna el sujeto se enfrenta activamente a nuevas propuestas y a futuros planteamientos. Este ejercicio continuo de troquelado del conocimiento es el que quieren conseguir los autores en este Programa de Inteligencia XXI que ahora nos presentan y ofrecen a nuestro alcance: activar la inteligencia verbal, la inteligencia emocional, la inteligencia perceptiva, la inteligencia numérica, el pensamiento inventivo y la resolución de situaciones y toma de decisiones; y todo ello conseguirlo con actividades adecuadas, sobre todo cuando las capacidades en determinadas circunstancias flaquean. Gracias a estas actividades, el ser humano puede avanzar, día a día, en el horizonte de entender, descubrir, manejar y potenciar cuantos secretos y recursos tiene la naturaleza.

Los seres humanos, dotados de una extraordinaria plasticidad, están potencialmente preparados para hacerle frente a cualesquiera circunstancias, “entendiendo” su medio, “aprendiendo” progresivamente las conductas que mejor resuelven sus relaciones con él y “dominando” paulatinamente su entorno con patrones de conducta elaborados, con los que se perpetúan en la vida con suficiente capacidad de autonomía, sabiéndose adaptar a medios muy variados y aun hostiles. Nos estamos refiriendo a su autonomía en resolución, en creatividad, en producción de bienes, de recursos y relaciones. Por esta capacidad de aprendizaje, el sujeto humano, hombre y mujer, “se sabe por antonomasia inteligente”.

Es siempre acertado estimular la inteligencia, porque en la inteligencia está la “clave del conocimiento”, la “clave del lenguaje” y, por ende, la “clave de la comunicación”, porque la inteligencia en sí misma consiste en “llegar a entender” lo que uno quiere conocer; pero, el conocimiento busca un lenguaje en el que expresarse, y la comunicación apunta al entendimiento. El lenguaje no es usar palabras y claves sin significado, sino dominar el significado de las claves y de las palabras. El lenguaje es darle expresión significativa al conocimiento. El ser inteligente, cuando construye su conocimiento, construye el lenguaje en el que expresarlo y hacer inteligible ese conocimiento, que es el gran objetivo de la comunicación.

El desarrollo de la inteligencia es, por ello, un largo proceso de afrontamiento de la realidad en la que estamos, para desvelarla, conocerla y dominarla, es decir, para saber qué debemos hacer para no sentirnos extraños ante ella, ni despedidos de ella; al contrario, esa realidad por entenderla, la controlamos, la regulamos y la conducimos nosotros.

El ser humano, por ello, se constituye en un potencial de aprendizaje por dos principales motivos: Primero, porque, a diferencia de la especie animal, él puede llegar a conocer cuánto aún le quede por conocer; la mente humana es tremendamente elástica, no es un depósito que se llene y se desborde al llegar al límite; cuando alcanza un conocimiento, adquiere un “plus”, una nueva disponibilidad para el siguiente. Segundo, porque lo que a una persona le queda aún por conocer es un inmenso océano de realidades inteligibles; con lo cual, siempre podrá estar aprendiendo, construyendo y organizando su conocimiento.

Aun cuando a una persona la encontráramos desvalida o en proceso de pérdida de sus facultades, no deberíamos decir “esta persona no puede llegar a conocer algo más de lo que ahora conoce”, porque ese prejuicio es irrelevante y no incita a buscar y descubrir lo que aún pudiera conocer; lo realmente correcto e interesante es preguntarse: con qué actividades pudiera ejercitarse y aprender aún algo nuevo; qué trecho debemos recorrer ahora, de qué tiempo disponemos, qué ritmo nos imponemos, según el paso con el que su desvalimiento le permite caminar para que aprenda lo próximo que debe aprender.

Esto es lo que pretende el Programa Inteligencia XXI y este es su acierto: proponer y descubrir la secuencia, el itinerario, el recorrido que una persona debe seguir para construir, paso a paso, trecho a trecho, día a día, su conocimiento; porque lo que tiene que aprender hoy es lo próximo al conocimiento que ahora tiene, no lo que todavía le está hoy distante; lo distante hoy, será próximo mañana.

Con este criterio, el Programa Inteligencia XXI pretende que ningún potencial quede desaprovechado o infraaprovechado en sus múltiples habilidades, que pueden y deben desarrollarse para que cada uno se sienta más dueño de sí mismo y aborde tantas demandas y desafíos que le haga la compleja realidad social en la que cada uno vive y se desenvuelve; que con su potencial de aprendizaje, cada persona sea capaz de conceptualizar, de llenarse de experiencias, de aprender habilidades, valores, actitudes y hábitos.

Un hecho que resulta del todo innegable es que cada persona está inmersa en una realidad determinada - situación, relaciones, contextos - que le reclama y debe saber interpretarla para desenvolverse en ella y actuar sobre ella, o a partir de ella, con efectividad. El ser humano aprende a desentrañar toda su realidad circundante porque esta es en sí misma intelectual para que le llegue a ser inteligible cuando la contemple, la analice y la examine. Cada persona vive frente a su realidad, “la-tiene-ahí-delante” y busca encontrarle significado y darle sentido.

El esfuerzo que el profesor hace porque aprenda cualquiera que le pide que le enseñe, parte precisamente del convencimiento que enseña a otro porque sabe que puede ayudarlo a que el otro a sí mismo se construya. Desde esta perspectiva, el Programa de Inteligencia XXI es un proyecto de enseñanza mediada, pensado desde lo que cada persona puede y le conviene aprender para mantenerse mentalmente activo y sus facultades y capacidades se potencien ante el peligro de aminorarse si no se ejercitan. La Psicología de la Educación debe prestar este servicio y responder a este reto.